

Francisco Carmona

ESTE ERA EL MAESTRO

Francisco Carmona tenía un alto concepto de su misión como educador de la niñez. Porque este era uno de los grandes méritos del gran pedagogo: educaba. No pudo nunca concretar su labor a instruir rutinariamente al niño empleando el mortificante y odioso sistema memorista— aun usado por desgracia por multitud de maestros—cuyos excesos no sólo contribuyen a debilitar esa hermosa facultad, hasta con perjuicio de la salud, sino que ejerce de agente atrofiador de la inteligencia, que es la comprensión. Cuando al niño se obliga a que recite al pie de la letra, con exactitud inexorable la lección, natural es que la pobre criatura solamente se preocupe de esculpir aquellas letras en su cabeza como a golpe de buril repitiéndolas una y mil veces sin preocuparse del concepto o significación, como lapidario inconsciente que se atiene a grabar sobre la piedra palabra por palabra, sin preocuparse de su sentido. Y como los maestros partidarios del sistema entienden que eso es saber, ante tal recitar de cartilla que elogian y encomian, se creen relevados de toda explicación, con lo cual ha convertido al niño, no en un ser inteligente, sino en un disco de fonógrafo. Son los frutos del método.

He dicho que Francisco Carmona, maestro en ejercicio por los años ochenta y tantos, había ya desterrado de la escuela que regía el mencionado método. ¿Se comprende el espíritu progresivo de aquel hombre puesto al servicio de una voluntad férrea, de una paciencia sin límites y de una perfecta conciencia del deber?

Entendió siempre que instruir sin

educar—cosa tan corriente por desgracia—, era la más abominable de las faltas, toda vez que no basta a la eficacia del progreso despertar y vigorizar la inteligencia si al par no se educa el espíritu, fuente inagotable de humanos sentimientos. La armonía entre los hombres, la fraternidad humana estriba en un perfecto sentido moral.

Tales eran las miras del sabio maestro. ¿Que cómo las inculcaba a sus discípulos? Con una sencillez encantadora. En su escuela él era un niño más, un niño grande. Sin ese tono oratorio y petulante, sin esa fraseología cursi de puro extravagante que emplea hoy cierto maestrillo de cerebro huero creyéndose cuando está en elase un Castelar en su cátedra— ¡oh colmo de la ridiculez!—; aquél maestro insigne lejos de pretender— como este otro, necio—que la inteligencia del niño se elevara hasta la suya, sabía descender hasta la de sus discípulos con explicaciones siempre sencillas, con ejemplos siempre prácticos, con consejos siempre oportunos. ¡Qué charlas tan amenas como instructivas, tan agradables como prácticas, las que sostenía el gran D. Francisco con sus pequeños amigos! Porque él era amigo, padre y mentor de aquellas criaturitas muchas de las cuales, andando los años, han honrado el cuerpo de Ingenieros unos; han ocupado y ocupan distinguidos puestos en altos centros docentes civiles y militares otros.

Así formaba aquel maestro inolvidable, al hombre del mañana.

Este era el Maestro.

JUAN DEL PUEBLO

LEA USTED LA TARDE

NO debe dejarse que se hunda la iglesia de San Lázaro

En el número de LA TARDE del pasado martes se daba la voz de alarma del mal estado de esta ermita.

Hace bastantes años que es deplorable el estado de abandono en que se encuentra este pintoresco y típico edificio. Su cubierta, por el ángulo derecho especialmente, está destrozada y el camarín ya hace tiempo destruido. Ambos son reparos, que sin lujos, a poca costa se remedian; pero es necesario voluntad y un poco de interés. ¿Lo habrá?

Muy sensible sería que desapareciera de tan ameno y salustífero lugar esta antiquísima ermita; en tiempos sinagoga de la judería lorquina. Su artesonado de construcción mudejar, de pares y tirantes, es de mérito y única en esta población; así como su bonito rosetón ojival en el crucero, a los que nuestro decoro y cultura, y también el buen nombre de Lorca,

reclaman su debida conservación por imperativos del arte y de la historia.

Con algo de buen deseo por algunas personas de las que sienten cariño por las antiguas cosas del país, que una vez perdidas jamás se pueden recuperar, es suficiente para que organizando una modesta suscripción, función teatral o velada literaria, bastasen con su producto para consolidar y reparar este edificio tan interesante y tan evocador de recuerdos de la vieja Lorca.

Ahora que se dictan leyes para que no desaparezcan las obras de arte e históricas, ni los rincones de sabor local se borren o desnaturalicen; cuando se traslada la humilde iglesia de una aldea de la provincia de Zamora (San Pedro de la Nave), piedra por piedra, y se reedifica en otro lugar para no perder este vestigio de las edificaciones de otras edades, Lorca

no debe dar lugar a que uno de sus más antiguos edificios se arruine y convierta en un montón de escombros por apatía o indiferencia.

UN PASEANTE

Pasando el rato

DE ACTUALIDAD

Cuál es la nota del día, lo sabe toda la gente; no es que la peseta sigue aun enferma con el dengue. Es que el famoso sumario, tan escandaloso y céebre de los dos millones que volaron, según parece, ese sumario secreto, (como serlo todos d. ben) se evaporó, y del armario donde se guardó con siete u ocho llaves, se ha marchado sin que señales hubiese de que hubo en la cerradura fuerza de ninguna especie.

Como es natural, el caso tan nuevo y tan sorprendente, nunca jamás ocurrido, de que una causa se pierda, nos dejó a todos atónitos hasta que pueda saberse a qué poder milgroso se debió el prodigio ese de filtrarse por las puertas del estante, los papeles, sin quedar rastro de ellos ni adonde volando fuesen.

De los dignos funcionarios que los guardaban, no puede dudar nadie, porque son, según dicen, excelentes; en un poder sobrehumano hay que pensar, y que ese fué quien se llevó la causa (y a estas horas se divierte con el bromazo! No hay duda que obra ha sido de los duendes el sacar de los estantes sin que ninguno los viese, esos infolios que ahora hay que rehacer nuevamente.

Que han sido los duendes, nadie duda ya; y todos convienen que a embrujado encantamiento esa sustracción se debe, pues todos los funcionarios que guardaban los papeles, sin la menor negligencia cumplieron con sus deberes y son probos y celosos... ¡y el sumario no parece!

DON CECILIO DE TRIANA

¿Quiere usted imprimir folletos, memorias o libros?

Pues visite la Imprenta de LATARDE

CHARLAS AL SOL

MADRID

¡El voto señores, el voto!

El ministerio de Trabajo se está tomando un trabajo atroz con motivo de la depuración del censo. Ya he perdido la cuenta de las notas que lleva publicadas en los periódicos advirtiendo a los ciudadanos la obligación que tienen de mirar si figura su nombre con todos los requisitos exigibles en las listas electorales, que estarán de manifiesto de tal a tal día. Son todas ellas unas notas de muy buena fe, con cierto aire paternal. Si se les quita el escaso empaque oficial, se quedan en esto: «No sean ustedes tontos, que es verdad que va a haber elecciones. Si por pereza o por cualquier otra causa no van ustedes a revisar las listas y se encuentran sin voto, no nos vergan luego con quejas. Ya nos duele la boca de decir que va a haber elecciones y que deseamos que el censo sea un prodigio de pureza. Ea, animense ustedes, que esto de votar no es cosa que se vea todos los días»

La recomendación trasciende a buenos propósitos. Aunque no fuese más que en estima de su ingenuidad y por no dar un sinsabor al ministro, vale la pena de atenderla. Por eso yo quiero reforzarla desde aquí. Hay que ayudar, señores, a la depuración del censo. Hay que armar se del voto, suprema arma ciudadana, para la próxima contienda. Porque es verdad que se aproxima la contienda. A ustedes se les ha atorillado en el entrecejo la idea de que hablar de elecciones es puro pasar el rato. Se fundan ustedes en que no hay síntomas ostensibles. En que siguen en suspenso el derecho de reunión, la libertad de Prensa y todos los elementos de propaganda política. Pero unas elecciones, como una enfermedad, pueden presentarse sin síntomas ostensibles. Si ustedes lo quieren todo si no contentos con ver su nombre en las listas electorales se ponen a pedir las demás cosas, pueden quedarse sin ninguna.

Hay que depurar las listas electorales, ante todo. El censo es la espada del pueblo. Un pueblo con la espada al cinto es siempre temible. Porque si lleva la espada al cinto, a lo mejor le dan permiso para sacarla. V si no le dan permiso, le dan espada, que no es poco. Menos que una espada vale un gato, y dicen las señoras que acompaña mucho.

HELÍOFILO

Del «Sol» de Madrid.

Ossorio y Gallardo, dice que no servirá a un monarca absoluto y procurará contribuir a la consolidación de la República, si esta viniera

«El Liberal» publica una interesantísima entrevista sostenida por uno de sus redactores con Ossorio y Gallardo.

En ella dice don Angel, entre otras cosas.

En mi discurso político en la Academia, dije yo que no era partidario del estado laico porque creía que toda persona individual o colectiva en la plenitud de sus facultades y fines no puede sustraerse al sentimiento religioso.

Defendí la libertad de conciencia y de cultos precisamente por ese respeto al derecho de opinión y por entender que el sentimiento religioso es algo que no debe depender de imposiciones ni de coacciones.

Esto me parece a mí una cosa clarísima. Pues bien; no me entendió nadie. Los retrógrados me increparon por defender la libertad de conciencia, los avanzados me demostraron por atribuir al Estado un sentimiento religioso.

Pues eso es lo que me ha sucedido toda la vida. En un día inverosímil en que yo fuera gobierno, permitiría la publicación de libros, periódicos y folletos que defendieran y propagaran los ideales comunistas. Pero si alguien trataba de imponerlos, si se lanzaba en manifestación a la calle para propagarlos por la fuerza o por la violencia, yo echaría contra ellos los códigos, los jueces y la guardia civil porque entiendo que se debe dejar predicar de todo mientras se actúe en el ámbito del convencimiento, pero no concibo la imposición, la amenaza o el desorden para implantar lo que no ha llegado por vía legal.

Si acaso llegara ese día, vería usted como se concitaban contra mi ambos bandos. Los blancos, porque creen que no se debe ni aún dejar hablar de comunismo. Los rojos, porque todo lo que no sea la imposición del comunismo les parece poco.

Cuando yo veo que unas cosas tan claras no encuentran acogida en la masa social, antes de robustecer mi opinión de que acierto yo y se equivocaron todos, prefiero reconocer humildemente que acertaron todos y me equivoqué yo.

Todas estas cosas me conducirán al apartamento. Entiéndase que a un apartamento relativo, porque yo no puedo dejar de defender y propagar, usando y abusando de la pluma, de la palabra y aun de algunas organizaciones, tal como la Sociedad de Estudios Económicos y Políticos, aquello que creo que es bueno y provechoso.

Contestando a otras preguntas del periodista, ha dicho:

DOCTOR ANTONIO ROS

Oculista

EX-AYUDANTE DEL DOCTOR POYALES
EX-MEDICO AGREGADO DE LOS HOSPITALES DE
SAN JOSE Y SANTA ADELA Y DEL NIÑO JESUS, DE MADRID
EX-PENSIONADO EN LA INDIA Y EN EGIPTO.

CONSULTA DE 11 A 2

SAGASTA, 13

CARTAGENA